

# DEMOGRAFÍA E IDEOLOGÍAS SOCIALES

*Miguel Ayuso*

## 1. Plan

«Demografía e ideologías sociales» es un asunto enorme, que me propongo abordar de manera muy limitada, a través –primero– de la relación entre las ciencias sociales y las ideologías, y a continuación, más concretamente, considerando el efecto de éstas sobre la demografía.

## 2. Ciencias sociales y ciencias morales

La demografía implica, en primer lugar, una aproximación científica, si bien podría discutirse su estatuto epistemológico. Es el problema permanente de las ciencias denominadas sociales y su relación con las morales. Las ciencias morales se ocupan de los actos humanos voluntarios, es decir, al orden que la razón introduce en las operaciones de la voluntad o del obrar humano; mientras que las ciencias sociales consideran las acciones humanas en la vida social (1). De un lado nos encontramos ante la libertad y la responsabilidad personales, mientras que del otro lo que cuenta es la influencia del grupo (2).

---

(1) Marcel CLÉMENT, *Catéchisme de sciences sociales*, París, Nouvelles Éditions Latines, 1959, pág. 10.

(2) Cfr. Álvaro d'ORS, *Una introducción al estudio del derecho*, Madrid, Rialp, 8ª ed., 1989, págs. 17-18, y más ampliamente en su *Sistema de las Ciencias* (4 vols.), Pamplona, EUNSA, 1969-1977. Me he ocupado críticamente en Miguel AYUSO, «La filosofía jurídica y política de Álvaro d'Ors», en Fernán ALTUVE-FEBRES (ed.), *Homenaje a Álvaro d'Ors*, Lima, Dupla, 2001, especialmente págs. 132-133.

Si bien, en realidad, lo que está en cuestión es el mismo concepto de ciencia social, por más que haya en efecto algo en el seno de ésta que excede de lo que es objeto de estudio por las ciencias morales. No basta con decir que las ciencias sociales están subalternadas a las morales y que el estudio de la ética precede al de las ciencias sociales propiamente dichas. Pero al mismo tiempo resulta exagerado excluir totalmente lo que supone la ciencia social.

Es la lección de Charles de Koninck, quien aun discutiendo el concepto de ciencia social –que depende de la física social positivista– reconocía cómo entre las ciencias prácticas (en la terminología de Aristóteles) hay disciplinas que se ocupan de las partes más circunstanciadas del obrar humano. Escuchémoslo: «El estudio verdaderamente científico de la vida social en su concreción última, por razones de éxito real, para evitar avanzar al azar y perderse en callejones sin salida, debe partir de las nociones y verdades generales de lo que llamamos filosofía moral: la ética, la economía (en el sentido clásico) y la política. Ahora bien, estas ciencias son formalmente prácticas. Las ciencias sociales propiamente dichas son como una continuación de aquélla hacia una concreción más cabal. Las llamamos experimentales, no por oposición a las morales, que también dependen de la experiencia, sino porque brotan de una experiencia mucho más circunstanciada. El estudio de la vida social, sea general, sea experimental en el sentido que acabamos de indicar, debe tener su principio en el bien común humano» (3).

Y sigue: «Sería un error querer sustraer las ciencias sociales a la moral. Podría haber alguna razón en rechazar la designación como ciencia moral, no porque las ciencias sociales no sean morales, sino porque abrazarían con un mismo término incluso las ciencias experimenta-

---

(3) Charles de KONINCK, «Sciences sociales et sciences morales», *Laval théologique and philosophique* (Québec), vol. 1, núm. 2 (1945), págs. 194-198. Ver también Marcel CLÉMENT, «Charles de Koninck et les sciences sociales», *Itinéraires* (París), núm. 66 (1962), págs. 104-115, y su *Enquête sur le nationalisme*, París, Nouvelles Éditions Latines, 1957, y en particular el capítulo 1 de la segunda parte «Les sciences sociales sont-elles des sciences morales?» (págs. 151 y sigs.).

les no morales que dicen relación con el objeto de las ciencias sociales estrictamente morales. Estas últimas, en efecto, no pueden formarse en el vacío. Dependen de ciertas ciencias experimentales puramente naturales. Esta dependencia es tan estrecha que el vasto campo al que debe aplicarse el estudio de las ciencias sociales no puede expresarse sino por medio de un vocablo equívoco. En otros términos, la expresión “ciencias sociales” debe tomarse entonces en un sentido suficientemente ambiguo como para abrazar a la vez a las ciencias sociales de suyo prácticas y a las experimentales a las que las primeras deben asociarse necesariamente. Si adoptamos, por tanto, la denominación de “ciencias morales” en sentido riguroso, no sería suficientemente amplia como para cubrir el campo de las “ciencias sociales” entendidas en el sentido en que acabamos de detenernos, sentido más dilatado» (4).

### 3. La influencia de las ideologías sobre la demografía

La consideración precedente resulta necesaria puesto que la noción corriente de ciencia social es ya ideológica, es decir, surge del positivismo. Pero la influencia de las ideologías sobre la demografía no termina con la reducción positivista. Hay que examinar también cómo, a partir precisamente de esta reducción y mistificación, los subproductos de la verdadera filosofía han invadido los problemas demográficos. Y sobre todo la mentalidad antinatalista difundida por Malthus y su posteridad.

Pero nos confundiríamos, sin embargo, si tomáramos al marxismo (o incluso al socialismo) como el agente principal de esa ideología. Es sabido que Marx despreciaba a Malthus, al que consideraba un plagiario: «Si el lector me recordase el nombre de Malthus, cuyos *Essays on Population* vieron la luz en 1798, le diría que, en su primera forma, esta obrilla no era más que un plagio superficial y curescamente declaratorio de Sir James Stewart, de Foe, Townsend,

---

(4) Charles de KONINCK, «Sciences sociales et sciences morales», *loc. cit.*

Franklin, Wallace y otros, *sin una sola línea original*» (5). Y que Proudhon, yendo aún más lejos, decía que «no hay sino un hombre que sobra en la tierra: Malthus» (6).

El comunismo, después, no ha sido necesariamente antinatalista, sino que ha dependido de las circunstancias políticas. En los años treinta y cuarenta del siglo pasado, por ejemplo, la Unión Soviética favoreció la natalidad. Y todavía en 1956, Maurice Thorez, a la sazón secretario general del Partido Comunista de Francia, afirmaba: «Contra el malthusianismo reaccionario nosotros luchamos por el derecho a la maternidad y por el futuro de Francia [...]. El camino de la liberación de la mujer pasa a través de las reformas sociales, de la revolución social y no de las clínicas donde se practica el aborto» (7). Hacían falta brazos de soldados para la

---

(5) Karl MARX, *El capital* (1867), libro I, sección XVII, XXV, 1. Y continúa: «El gran ruido que armó este panfleto se debió exclusivamente a los intereses partidistas. La Revolución francesa había encontrado fervientes defensores en el Reino británico: el “principio de la población”, que había ido gestándose lentamente a lo largo del siglo XVIII y que luego, en medio de una gran crisis social, se proclamaba con trompetas y tambores como contraveneno frente a las doctrinas de Condorcet y otros, fue jubilosamente saludado por la oligarquía inglesa como el gran exterminador de todos los apetitos de perturbación humana. Malthus, asombradísimo de su éxito, se dedicó a embutir en el viejo esquema nuevos materiales, compilados a la ligera, y a añadirle cosas nuevas, pero no descubiertas, sino simplemente anexionadas por él». Incluso, aunque entre paréntesis, recuerda que, si bien era Malthus sacerdote de la Iglesia anglicana, había hecho el voto monacal del celibato: «Tal era, en efecto, una de las condiciones exigidas para la *fellowship* en la Universidad protestante de Cambridge. “No permitimos que los miembros de los colegios se casen, y tan pronto como tomen mujer dejarán de pertenecer al Colegio” (*Reports of Cambridge University Commission*, pág. 172.) Esta circunstancia distingue ventajosamente a Malthus de otros curas protestantes que, habiéndose sacudido el voto católico del celibato sacerdotal, reivindican con tal celo, como su misión bíblica específica, el “Creced y multiplicaos”, que contribuyen en todas partes, de un modo verdaderamente desvergonzado, al crecimiento de la población, sin perjuicio de predicar a los obreros, al mismo tiempo, la abstinencia».

(6) Pierre-Joseph PROUDHON, *Système des contradictions économiques ou Philosophie de la misère* (1846): «Il n’y a qu’un seul homme de trop sur la terre, c’est M. Malthus». Lo cita William PETERSEN, *Malthus, le premier antimalthusien de l’histoire*, vers. francesa, París, Dunod, pág. 71. Cfr. Gérard-François DUMONT, «Population et développement: la tentation malthusienne», *Agir, revue générale de stratégie* (París), núm. 35 (2008), págs. 61-67.

(7) *L’Humanité* (París), 2 de mayo de 1956.

revolución. Pero cuando por otras razones políticas en los inmediatamente siguientes años cincuenta convenía controlar la población, entonces el aborto se convertía en obligatorio. En conclusión, las raíces marxistas del comunismo iban más contra la familia que contra los hijos. Así, en las tesis de Marx sobre Feuerbach se lee que «después de descubrir, v. gr., en la familia terrenal el secreto de la sagrada familia, hay que criticar teóricamente y revolucionar prácticamente aquella» (8).

Para hallar los orígenes de lo que se ha llamado «cultura de la muerte» (9) hay que mirar, pues, en otra dirección. Si

---

(8) Karl MARX, *Tesis sobre Feuerbach*, (1844-1847), IV. Véase un comentario profundo en José María PETIT SULLÁ, «La destrucción de la familia por el marxismo», *Verbo* (Madrid), núm. 178 (1979), págs. 1050-1051: «El orden natural no es indiferente al orden divino sino que es participación de éste. La grandeza del ser humano que viene a la vida en el seno de una familia no podría ser comparada más que con el mismo acto creador de Dios. Por consiguiente, la negación última de toda realidad sobrenatural exige la negación de aquello que participa de la divinidad, como son en nuestro caso concreto la primacía del varón sobre la mujer en el matrimonio, la indisolubilidad de esta unión, la dedicación primordial de la mujer al cuidado de los hijos y a las tareas domésticas. Pero todas estas realidades que el marxismo quiere destruir no pertenecen a una determinada imagen de la familia sino a la familia misma en cuanto tal, la única posible y la única existente. Por lo mismo, los valores en que se funda la familia no pertenecen a una determinada época ni al dominio de una determinada ideología o situación económica, sino que se fundan en la realidad de la misión que ha de cumplir la familia. La grandeza de la generación y de la educación han de ser los puntos de vista que fundamenten los requisitos del matrimonio y de la familia. Y estos requisitos fundamentales no están a merced de ningún acontecimiento humano individual o colectivo».

(9) El término se debe a JUAN PABLO II, *Evangelium vitae* (1995), núm. 12: «En efecto, si muchos y graves aspectos de la actual problemática social pueden explicar en cierto modo el clima de extendida incertidumbre moral y atenuar a veces en las personas la responsabilidad objetiva, no es menos cierto que estamos frente a una realidad más amplia, que se puede considerar como una verdadera y auténtica *estructura de pecado*, caracterizada por la difusión de una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera “cultura de muerte”. Esta estructura está activamente promovida por fuertes corrientes culturales, económicas y políticas, portadoras de una concepción de la sociedad basada en la eficiencia. Mirando las cosas desde este punto de vista, se puede hablar, en cierto sentido, de una *guerra de los poderosos contra los débiles*. La vida que exigiría más acogida, amor y cuidado es tenida por inútil, o considerada como un peso insoportable y, por tanto, despreciada de muchos

Darwin era favorable a la eugenesia, Ricardo –por su parte– afirmaba que el Estado debe impedir la acción de la Iglesia, ya que la acción de la caridad ayuda a la procreación de los pobres. Será mucho más tarde cuando, en 1949, Wilhelm Reich, en el prefacio a la cuarta edición de su famoso libro sobre la revolución sexual, explica que el paraíso del bienestar y de la libertad sexual serían... los Estados Unidos (10).

En el origen de una tal «cultura» de muerte se encuentra paradójicamente el «vitalismo» (11), es decir, la doctrina que, al no poder explicar la vida, hace de ella el fin de todo. Expresión del liberalismo ideológico, que traspasa toda la «modernidad», con la afirmación de la autonomía de la voluntad, de la autodeterminación, de la libertad negativa finalmente, esto es, de la libertad sin regla o criterio, porque el único reside en la misma libertad (12).

La ideología del vitalismo liberal, presente desde las Luces, se ha acelerado sobre todo tras la segunda guerra

---

modos. Quien, con su enfermedad, con su minusvalidez o, más simplemente, con su misma presencia pone en discusión el bienestar y el estilo de vida de los más aventajados, tiende a ser visto como un enemigo del que hay que defenderse o a quien eliminar. Se desencadena así una especie de “*conjura contra la vida*”, que afecta no sólo a las personas concretas en sus relaciones individuales, familiares o de grupo, sino que va más allá llegando a perjudicar y alterar, a nivel mundial, las relaciones entre los pueblos y los Estados».

(10) Wilhelm REICH, *Die sexualität im Kulturkampf* (1936), más tarde rebautizado como *Die sexuelle Revolution*, vers. francesa, *La révolution sexuelle*, 4ª ed., París, Calmann Levy, 1949.

(11) Danilo CASTELLANO, «Qué es el liberalismo», *Verbo* (Madrid), núm. 489-490 (2010), págs. 729-740: «Su esencia [la del liberalismo], en efecto, estaría en el vitalismo, sea éste visto como pulsión “naturalista” o sea considerado como “autenticidad”, espontaneidad e inmediatez. El sujeto humano es reducido así a un haz de pulsiones momentáneas y contingentes. No es el ente que domina, valora, acoge, rechaza lo que en él surge impulsivamente. Es, al contrario, el fenómeno de actividades complejas de una vis incontrolada e incontrolable» (págs. 735-736). Donde se produce, así, la disolución del sujeto en nombre de la subjetividad vitalista. Y donde, en definitiva, la muerte se instala a partir del reinado incondicionado de la vida.

(12) Es tesis central del pensamiento del autor recién citado. Véase sobre el mismo Miguel AYUSO (ed.), *La inteligencia de la política. Un primer homenaje hispánico a Danilo Castellano*, Madrid, Itinerarios, 2015. Contenido que se encuentra también en el número 537-538 (2015) de *Verbo*.

mundial, desarrollándose totalmente durante el decenio de los sesenta del siglo pasado. Las organizaciones internacionales han tenido un papel central en el proceso, como lo muestran las conferencias de población de las Naciones Unidas (Conferencia del Cairo en 1990 y Conferencia de Pekín en 1995) (13).

#### 4. La abolición del hombre

Es el vitalismo liberal el que ha conducido a la infecundidad y finalmente a la abolición del hombre. Me propongo, pues, para terminar, decir algunas palabras sobre estos dos temas.

Comencemos con la cuestión de la fecundidad.

El amor de Dios, que es la causa y motivación final de la creación, así como de la elevación al orden sobrenatural, ha llevado no sólo a que Dios comunique al hombre sus perfecciones, sino también a que éste pueda comunicar y esparcir a su vez las perfecciones de las que participa. La fecundidad de la vida, por ello, refleja la generación eterna del Hijo de Dios. Santo Tomás de Aquino ha escrito así que «la imagen de Dios se da más en el ángel que en el hombre, porque en el primero es más perfecta la naturaleza intelectual [...]. Segundo, puede considerarse la imagen de Dios en el hombre en su elemento secundario, es decir, en cuanto que en el hombre se da cierta imitación de Dios, ya que hombre procede de hombre, como Dios de Dios; y en cuanto que el alma humana está toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes, como Dios respecto del mundo» (14).

El hombre nace del hombre como Dios nace de Dios. He ahí la significación de la fecundidad de la naturaleza humana, sin la que resulta imposible la vida histórica de la humanidad y además la propagación de la Iglesia como sociedad de los hombres regenerados por la gracia. Y he ahí la función especial del matrimonio, origen de la familia, en

---

(13) Véase, entre otra literatura, Michel SCHOOYANS, *La face cachée de l'ONU*, París, Fayard, 2000.

(14) SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S. th.*, I, q. 93, art. 3.

el que el fin primario –como decía la doctrina tradicional– es la procreación. El personalismo contemporáneo (incluso «católico») se confunde cuando quiere separar amor y fecundidad. Porque la fecundidad de los vivos, y entre ellos los hombres, no es una operación que pertenezca a la voluntad y a la libertad: la generación es obra de la naturaleza que se ejerce por una facultad inherente al cuerpo del hombre y de la mujer. Pero Dios, al mismo tiempo, ha dado al hombre el libre arbitrio y ha dispuesto el acto humano de unión del hombre y la mujer antes de la actividad generadora de la naturaleza (15).

Y por ahí llegamos finalmente a la abolición del hombre.

Clive Staples Lewis, en su pequeño libro *The abolition of man*, tomaba como punto de partida cómo «la conquista de la Naturaleza por parte del hombre» es una expresión utilizada habitualmente para describir el progreso de las ciencias aplicadas» (16).

Tras otros ejemplos, Lewis considera la contracepción: «En lo que respecta a los anticonceptivos, existe paradójicamente un sentido negativo por el que todas las posibles generaciones futuras son pacientes u objetos de un poder que ejercen sobre ellas los que aún viven. A través de la contracepción, simplemente se les niega la existencia; a través de la contracepción, usada como medio de engendrar selectivamente, se les obliga a ser, sin que se les pida opinión, lo que una generación, por sus propias razones, pueda elegir. Bajo este punto de vista, lo que llamamos el poder del Hombre sobre la Naturaleza se revela como un poder ejercido por algunos hombres sobre otros con la Naturaleza como instrumento» (17).

---

(15) El desarrollo, hermoso y profundo, es de Francisco CANALS, «Matrimonio y amor», *Verbo* (Madrid), núm. 181-182 (1980), pág. 65 et ss. Puede verse también en Miguel AYUSO (ed.), *De matrimonio*, Madrid, Marcial Pons, 2015. En lo que respecta al personalismo, véase Danilo CASTELLANO, *L'ordine politico-giuridico «modulare» del personalismo contemporaneo*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 2007.

(16) Clives Staples LEWIS, *The abolition of man* (1943), vers. castellana, Madrid, Encuentro, 1990, pág. 56.

(17) *Ibid.*, págs. 56-57.



Por donde la demografía aparece: «Por supuesto que es un tópico lamentarse de que, hasta ahora, los hombres han usado equivocadamente y contra sus propios congéneres el poder que la ciencia les ha otorgado. Ni siquiera es éste el punto sobre el que quiero reflexionar. No me estoy refiriendo a abusos o corrupciones particulares que una mayor moralidad pudiera subsanar; estoy considerando lo que debe ser siempre y esencialmente lo que llamamos “el poder del Hombre sobre la Naturaleza”. Sin duda, este cuadro se podría modificar con la estatización de las materias primas y las empresas y mediante el control público de la investigación científica. Pero, a menos que existiera un único Estado mundial, esto todavía significaría la preponderancia de unas naciones sobre otras. E incluso esta única Nación o Estado mundial, significaría (en general) el poder de las mayorías sobre las minorías y (en particular) el poder del gobierno sobre el pueblo. Y todas las acciones de poder a largo plazo, especialmente en lo que respecta a la natalidad, significan el poder de las generaciones previas sobre las posteriores» (18).

Habida cuenta del debilitamiento de la tradición nos hallamos hoy más próximos a la situación descrita por Lewis: «Este último punto no siempre se enfatiza lo suficiente, pues los estudiosos de los asuntos sociales aún no han aprendido a imitar a los físicos en la consideración del tiempo como dimensión. A fin de comprender totalmente lo que significa realmente el poder del Hombre sobre la Naturaleza y, por tanto, el poder de algunos hombres sobre otros, debemos considerar en el tiempo la raza humana, desde la fecha de su aparición hasta la de su extinción. Cada generación ejerce un poder sobre sus sucesores y cada una, en la medida que modifica el medio ambiente que hereda y en la medida que se rebela contra la tradición, limita y se resiste al poder de sus predecesores. Esto modifica el cuadro que, a veces, se nos presenta: una progresiva emancipación frente a la

---

(18) *Ibid.*, p. 57. Puede verse, sobre ese comentario anticipatorio al Estado mundial y algunos de sus problemas, el artículo de Miguel Ayuso, «Las aporías de la “autoridad política mundial”», *Verbo* (Madrid), núm. 563-564 (2018), págs. 251-256.

tradición y un control progresivo de los procesos naturales resultantes del continuo incremento del poder humano. En realidad, por supuesto, si cada generación realmente alcanzara, mediante una educación eugenésica y científica, el poder de realizar en sus descendientes lo que ella deseara, cualquier hombre que viviera tras dicha generación sería objeto de tal poder. Y no sería más fuerte, sino más débil: aunque hayamos podido poner útil maquinaria en sus manos, habremos prefijado cómo se debe usar. Y si, como suele suceder, la generación que hubiera logrado el máximo poder sobre la posteridad fuera también la generación más emancipada de la tradición, se vería comprometida en reducir el poder de sus predecesores tan drásticamente como el de sus sucesores» (19).

---

(19) *Ibid.*, pág. 58.